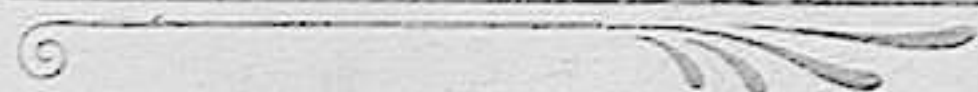


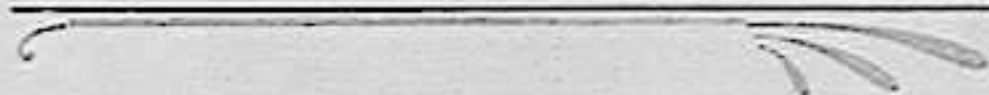
*Extremadura Literaria

✻ ✻ ✻ Revista Mensual ✻ ✻ ✻



* En Tierra Extremeña

Novela por Federico Reaño. * *



EXTREMADURA LITERARIA

REVISTA MENSUAL

Año I.—Número 2.º

Cáceres 15 de Noviembre de 1909

Consejo de Redacción

DIRECTOR:

Don Pedro G. Magro.

REDACTORES:

Don Publio Hurtado.

„ Luis Grande Baudessón.

„ Diego María Crehuet.

„ Francisco Belmonte (Higinio de Balmaseda).

„ Federico Reaño (Edmundo).

„ Enrique Montánchez (Ripiosin).

„ Juan Luis Cordero (H. de X.)

„ Luis Marcelo (Locemar).

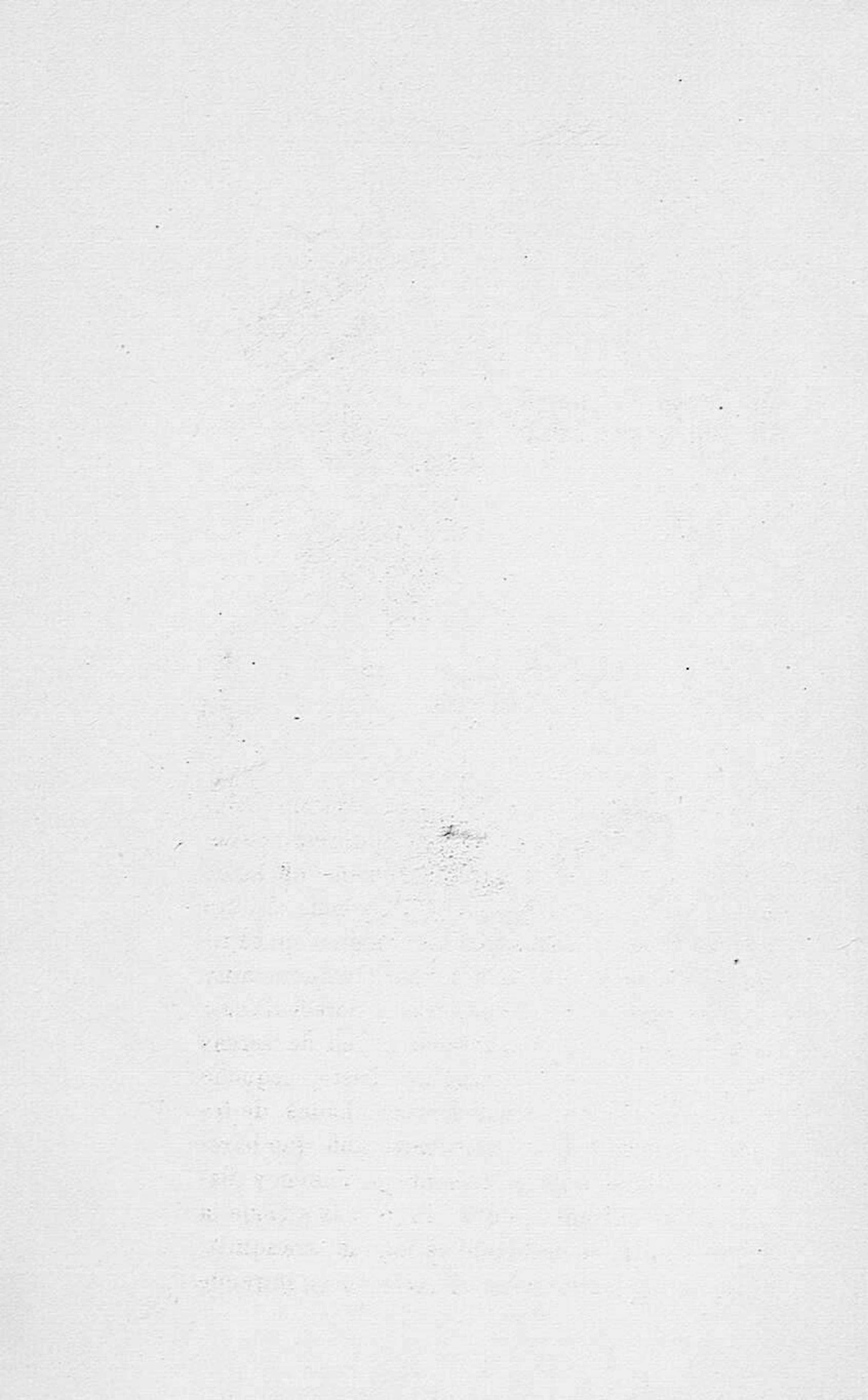
Encaje: Tip. de Antonio Arqueros, Felipe Cheta, 48.

B. P. CACERES
N. R.
N. T.
C. S.

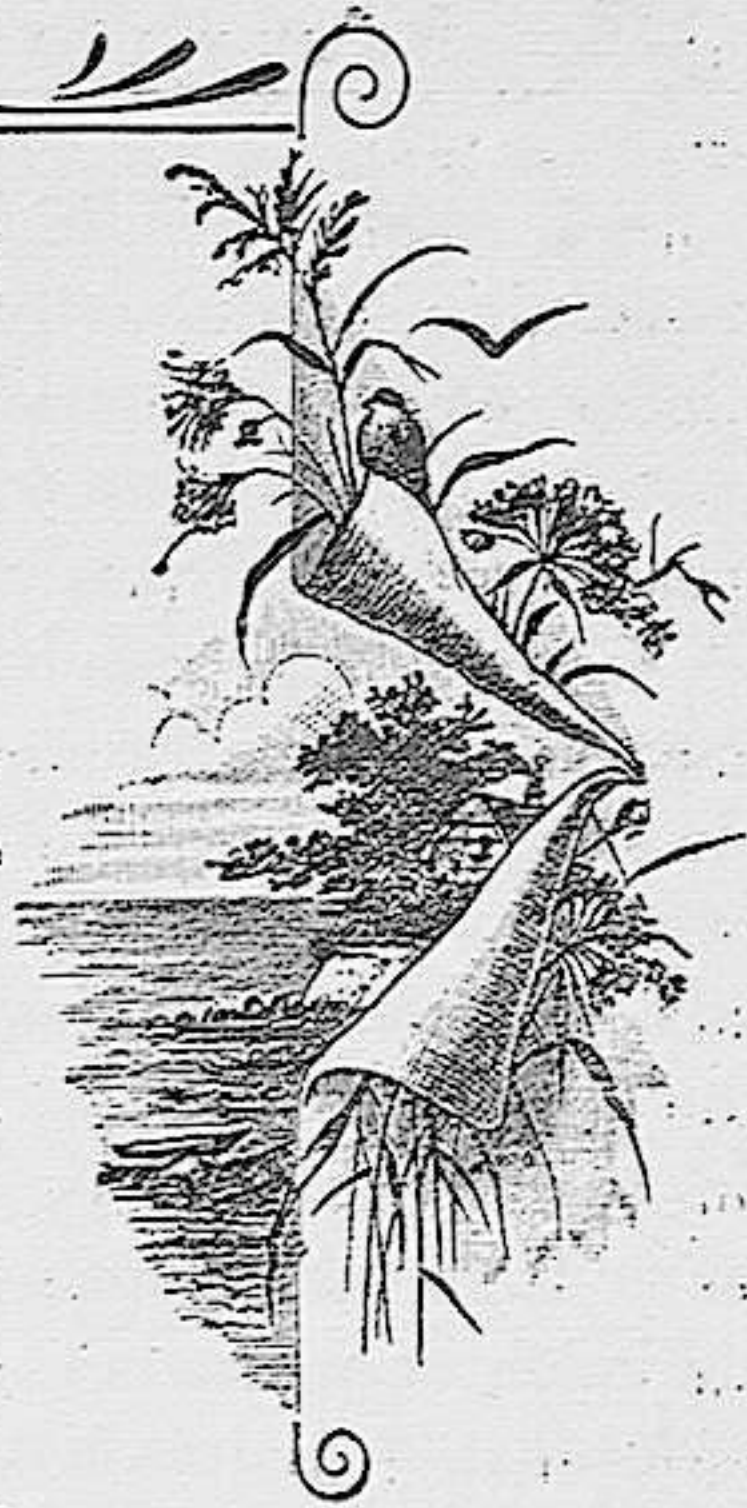








En Tierra Extremeña.



I.

DESDE la puerta de la casina de tío Esteban se podía contemplar un pintoresco panorama, un hermoso paisaje extremeño caldeado por el sol ardiente de aquellas latitudes. La carretera recta y blanca parecía inmensa cinta tirante apretando el valle y la montaña que no muy lejos recortaba el horizonte: á la derecha, destacándose de entre una intrincada red de cercas de piedras, se veía la ermita del Cristo, pequeño templo de paredes sucias y desconchadas, de tejado negruzco y de conjunto miserable que parecía humillarse ante el cementerio nuevo y flamante que enfrente estaba. Poco más allá de la pobre ermita, se destacaba la laguna, tranquila, brillante, como inmenso ojo de la tierra mirando

al cielo. A la izquierda, dañaba la vista la amarillez dorada de los trigales surcados por negras lindes, como arterias de aquel campo vivo y limitado allá á lo lejos por pequeños montes jaspeados de alcornoques y encinas.

Ya hacía largo rato que tío Esteban permanecía sentado en su taburete de corcho á un lado de su puerta, encorvado, masticando el cigarro verdoso y contemplando la carretera inmediata casi nublada ya por las sombras del crepúsculo. Le parecía sentir á lo lejos rumor de cascabeles y adivinaba ó mejor, veía en su imaginación subir la cuesta del puerto la vetusta diligencia de Palancar y como todas las tardes revolvía su enfermizo y maltrecho cuerpo, preparándose á investigar con sus ojillos hundidos el número de pasajeros que el coche condujese y contestar como siempre, con un movimiento de cabeza al «Adiós, tío Esteban», del mayoral.

Para el pobre tullido, que bien tullido estaba desde un año atrás que empezó á rondarle la *paralis*, según él, era la llegada de la diligencia lo único que rasgaba la monotonía de aquellos ratos de obligada permanencia en su taburete fabricado por él muchos años hacía. Luego de comentar en silencio el resultado de su rápida investigación del interior del coche, veía desfilas por delante de su puerta, bajando la rampa que terminaba en la carretera, al chico de tío Zagalón, conduciendo la burranquina á beber en la laguna, á tío Tomás y tía Petrina que iban á dormir á sus huertos y, por último, allá arriba por donde antes asomara la diligencia; un bultito ne-

gro que se iba agrandando, agrandando hasta *convertirse* en don Macario el párroco, que regresaba despaciosa y cachazudamente de su cotidiano paseo. Después, quedaba abstraído pensando... en nada, hasta la llegada de la Modestina, que regresaba del huerto cantando el estribillo de la última fiesta del pueblo:

«...llámale con garbo y modo

llámale, llámale, guapo, al toró...»,

como heraldo que anunciara al padre el arribo de su compañera, de su recreo, de su apoyo, que todo esto era para él su hija.

Mucho tardaba aquel anochecer la moza. Tío Esteban se inquietaba, y su imaginación hubiera tomado nuevo rumbo comentando la tardanza de la chica á no haber llegado Lorenzo, quien después de un saludo monosilábico, entró sin ceremonia en la casa, y arrastrando otro taburete, se sentó junto al anciano.

Si el recién llegado fuera un ser vulgar, diríamos únicamente al verle aparecer que era hijo de tío Augusto el sacristán, pero su excelente carácter, su bondad, su aire simpático y atrayente merecen que todo ello se deje consignado antes de seguir adelante.

—¿Que te trai por aquí, Lorenzo?

El interpelado, no contestó á la pregunta: después de un momento, preguntó á su vez:

—¿Vino la Modesta?

—Aun no vino del huerto.

Hubo una larga pausa. Lorenzo quería decir de una vez todo lo que le bullía dentro, sin atreverse á empezar: él, que sabía algo de *letras*,

creía que el objeto de su visita debía decirlo gradualmente, así es que no se le ocurrió más que empezar por decir:

—Cuidado que tiene usted una hija buena, guapa, cariñosa...

—Verdá es, Lorenzo—interrumpió orgullosamente tío Esteban.—Si ella no fuese como es, no estaría yo ni medio cuidau, ni el nuestro huerti no daría la utilidá que nos dá para ir tirandu. Y á más, ¡es tan buena, tan buena! Mira, muchacho; ella, ni amoríos, ni amigas, ni diversiones. Con cuidal de la miajina de hacienda y de su viejino, tiene bastante

—Todo eso me lo sé yo de memoria, tío Esteban, y... mire usted, se lo voy á decir de una vez. Yo tampoco tonteeé nunca con las mozas, porque siempre le he tenido ley á la Modesta. Desde que era bien pequeño, cuando soñaba con ser grande y casarme y tener hijos, no pensaba más que en ella, y...

—Ahí está ya—interrumpió tío Esteban con alegría.

Y, en efecto, por la rampa subía cantado el consabido estribillo la más hermosa moza de Extremadura. Lorenzo, embelesado, contemplaba aquella gentilísima silueta que se aproximaba.

...Si unos segundos antes, movido por la impaciencia, se hubiera asomado al pretil de la rampa, viera dos sombras juntas desmintiendo la afirmación de tío Esteban, alusiva á los amoríos de la muchacha.

—Buenas noches, padre. Dios te guarde, Lorenzo.

La voz era dulce, argentina, acariciadora.

Entró en la casa. El silencio que se produjo después de su saludo, fué á poco turbado por el rumor de las tenezas al chocar con la piedra del hogar rastreando en la ceniza y por el cromático sonido de algún cacharro al llenarse de agua, todo ello intercalado entre el canturreo de la moza. Lorenzo repasaba mentalmente por milésima vez acaso su declaración tanto tiempo contenida, que había de salir forzosamente de sus labios borbotante, impetuosa al romper el dique de su timidez.—Mira, Modestina—habría de decirle—ni tú ni yó, tenemos noviazgos; yo te quiero más que á las niñas de mis ojos, yo soy bueno, honrado, y éste cariño que me está comiendo por dentro por no atreverme nunca á decírtelo, es para tí sola. Con que dime si quieres que nos casemos; mañana me marcho á Plasencia..., mi tío José me ha escrito diciéndome que me ha colocado de escribiente con el secretario del señor Obispo... Tío Esteban vivirá con nosotros y los tres lo pasaremos tan ricamente... Conque tú verás, que yo volveré pronto para arreglar lo del casorio.—Todo esto la diría; pero su apocamiento le obligaba á callarse, permaneciendo pensativo, como los suicidas medrosos que retardan el momento fatal... De pronto pensó con resolución alegre al aplazar aquel trance tan penoso para él:

—¡Se lo diré mañana al despedirme.—Y levantándose bruscamente: —Hasta mañana, dijo, y echó á andar calleja arriba.

II

¡Pobre muchacho! ¡Pobre futuro amanuense del secretario de su Ilustrísima! Ni remotamente sospechaba al caminar calle arriba que aquella ardiente declaración tan *minoseada* en su cerebro y tan contenida por su pueril timidez, no podía hallar eco en el corazón de la Modestina aun cuando se la espetase con doble elocuencia y ardor.

La calleja estaba oscura, borrada por las tinieblas. Lorenzo avanzaba y subía sorteando de memoria los obstáculos de aquel empedrado, no obra del hombre, sino de la madre Naturaleza. Al final casi del callejucho se dibujaba en el suelo un rectángulo de luz, y en la casa, cuya puerta lo dibujaba rumoreaban voces y risotadas. Era el casino-taberna del pueblo, era tugurio tan repugnante y nauseabundo como todos los de su calaña.

Nuestro héroe — si algún día realizaba una ó más heroicidades — penetró resueltamente en aquella zahurda iluminada. Sentados en toscas sillas, todas ellas destripadas en la parte inferior de sus asientos de espadañas, había cinco mozos de caras tostadas y sucias, que charlaban y reían. Al entrar el joven, se hizo el silencio; sin duda hablaba de él aquella gente.

—No sé á qué sus callais por haber veniu esti—dijo un mozo de aquellos, alto, robusto, de repulsivo aspecto y vestido más de *fino* que los demás.

Antes de seguir el curso de esta verídica historia, conviene hacer saber al lector bondadoso que el nombre del pueblo que juntos estamos visitando, es Molineda, y que en todo este lugar y en los cuatro ó cinco villorrios más inmediatos, nadie tenía la fama de burlador de mozuelas inexpertas, matón y perdonavidas, que Antonio el *Señorón*, el mozo que irónicamente interpeló á los demás. Su padre, labrador mas que medianamente acomodado, había gastado muy buenos cuartos tapando extravíos doncelliles y aplicando emplastos y tafetanes en numerario á buena porción de abolladuras y magullamientos, amén de alguna que otra herida de arma blanca, hazañas de su heredero. Este campaba por sus respetos y ningun mozo de los veinte ó treinta del lugar osaba contrariarle lo más mínimo; todos ellos formaban su corte; sumisos é hipócritas ensalzaban sus fechorías y le pregonaban como el terror y el amo absoluto de la mocedad de ambos sexos de la comarca.

— Podís seguir la conversación que pué que ésti le ponga algun reparo á la novedá.— continuó el *Señorón* mirando agresivo y desdeñoso al recién llegado.

— Buenas noches, muchachos — dijo este con dulzura, sin hacer caso de aquella alusión, que no era otra cosa que una amenaza.

En el alma cenagosa del *Señorón* lució rápida una ráfaga de conmiseración hacia el humilde Lorenzo. De sobra sabía los anhelos puros y constantes del hijo del sacristán hácia la Modestina. Quiso llamarle aparte y decirle algo que

consideraba como un deber decirle, exponiéndole amistosamente la novedad á que antes aludiera provocativo.

—¿Vienes de casa de tío Esteban?—dijo uno de los mozos.

—De allí vengo. Al pasar por aquí me dió idea de entrar para despedirme de vosotros; mañana me marchó á Plasencia.

—Pues luego, ¿te vés porque ya lo sabís too?

—¿Qué todo?

—Lo de la Modestina.

—No se lo que quieres decir.

—Pues bien claro está—argulló otro de los mozos.

—¿No te ha dicho la Modestina que dendi esta tarde se han jechu novios ella y Antonio?

Palideció Lorenzo. Le zumbaron las sienes y una oleada congestionante y punzadora le hizo levantarse de la silla donde se había sentado. El *Señorón* le miraba torvamente.

Se hizo una pausa larguísima. En el cerebro del pobre muchacho estalló una bomba de ideas que le rasgaban el alma allá muy adentro, calofriando todó su cuerpo. ¿Sería posible que *su* Modestina diera oídos al canalla aquél que sumaría á sus víctimas una más? ¡Y cuál era la amenaza de deshonra! ¡No, por Dios, eso no sería! ¿Cómo no tenía valor y fuerza para despedazar entre sus brazos al miserable y á toda su pandilla de amigotes serviles? . . . No lo tuvo para decirla «te quiero», pero se prometía tenerlo para evitar aquella mancilla inminente. Por otro lado, tenía que renunciar á sus ensueños, á sus proyectos pa-

ra lo porvenir; le aturdían las protestas que no formulaba. — ¿Pero desgraciada, ¿cómo puedes querer á ese hombre?... ¿Y por qué no había de quererle? — pensaba también — ¿Acaso los queres y los odios tienen leyes?

Alzó maquinalmente la vista hacia el *Señorón*, y solo vió dos ojos negros y medio ocultos por dos cejas fruncidas que le miraban desafiadores y le hacían estremecer y le causaban espasmos de angustia é inyectaban en sus venas un frío glacial y un miedo febril, miedo de niño. Algo muy raro é inexplicable obró en todo su ser; balbuciente y tembloroso solo pudo articular:

— Quisiera hablarte á solas Antonio.

— Ahora mesmo — gruñó este.

Y salió á la calle erguido, orgulloso, con la mano derecha en la faja acariciando su cuchillo inseparable. Lorenzo le siguió. Solo anduvieron cinco ó seis pasos mas allá del marco de luz que bien pronto fué borrado por los cuerpos de los expectantes tabernarios.

— Ya pués empezar — dijo Antonio sacando el cuchillo que brilló relampagueante.

Lorenzo no acertaba á empezar: tenía los lagrimales mojados por aquel sufrir de cinco minutos haría. Casi sollozante pudo romper el silencio.

— No sé como tengo fuerzas para hablarte. Lo que acabo de saber me ha hecho mucho daño; no me ha matado, porque de haber muerto no sufriría tanto como sufro... No sé como querrás á la Modesta, pero no llegarás á lo que yo la quiero... Nada puedo hacer para que deje de quererte si

su cariño es firme y mucho menos que me quiera á mí... Yo pensaba hablarla mañana antes de irme pero se conoce que Dios quiere que no sea para mí... No puedo amenazarte, porque de sobra se que tu eres valiente y yo cobarde, lo confieso, ¡muy cobarde!, pero ya que no pueda ser para mí que tenía puestos en ella mi cariño y mis ilusiones, te suplico solo una cosa; quiérela de verdad, que no sea para tí lo que fueron otras que creyeron en tus palabras; cástate con ella y hazla feliz, muy feliz que todo se lo merece. Tú... á pesar de lo que se cuenta, eres bueno en el fondo ¿verdad?... y no querrás que la Modestina que es la mas guapa de las guapas, y la más buena de las buenas, sea para tí un capricho del amor propio, un gusto momentáneo á tus deseos, ¡cástate con ella, te lo ruego... te lo suplico por lo más sagrado!...

Calló el pobre muchacho á tiempo que dos lágrimas resbalaban por sus mejillas. Aquellas lágrimas eran sublimes y su peroración suplicante tenía mas heroicidad que si con titánico esfuerzo pulverizase á su rival y á todos los mozucos sus compinches. Al *Señorón* le llegó repentinamente al alma algo dulce, oloroso de bondad que nunca había sentido.

—Me creí que íbamos á reñir— dijo guardando el cuchillo— Á mí por la buena se me lleva por dondi quiera, Lorenzo... Verdá és que le tengo mi miajina de ley á la Modesta y te digo ná más que me hé de casar con ella...

Los mozos que se solazaban esperando presenciar algo trágico y sangriento, vieron entre tinie-

blas cómo Lorenzo abrazaba al *Señorón* y enseguida vacilante y tembloroso se perdía calle adelante...

III

Cerca de seis meses llevaba Lorenzo empleado en la ciudad del Ierte. Desde que tomó posesión de su cargo, la monotonía de su nueva vida era cómplice de su pasado para hacerle sufrir más hondamente; como ningún accidente, nada imprevisto, nada anormal distraía su imaginación, la misma monotonía estereotipaba en su alma impresionable el tenaz recordar de aquella última noche pasada en su pueblo. De tiempo en tiempo llegaban hasta él ráfagas consoladoras, vivificantes para el lastimoso estado de su espíritu.....

«—La Modesta y el *Señorón* se van á casar pronto—» el escribía tío Augusto, su padre, mezclando aquella noticia *de tan poca monta* con un sinnúmero de intimidades familiares, en las cuales, la pésima ortografía, corría parejas con la palidez de la tinta. Aquello era lo que deseaba Lorenzo en lo más hondo de su romántico corazón; diera él por bien empleados todos sus sufrimientos con tal de que su Modestina no cayese en aquel precipicio que á sus pies se abría desde que su candor y, sobre todo su corazón de mujer se adormecieron con las protestas de cariño de aquel malvado.—Si sabe resistir—pensaba el po-

bre escribiente—si su virtud vence á sus deseos y se casan y son felices y tienen hijos, ¿qué se me dá á mí de que no sea mi mujer, si encuentra la dicha con otro hombre? ¡Triste condición en verdad la del pobre Lorenzo, que hermanaba con su cobarde ó sublime conformidad!

Vivía poco menos que miserablemente con su tío José, el que le proporcionara el destino en una casona vieja, cimentada casi en el cauce del río. El exiguo sueldo, apenas le bastaba para corresponder al franco desinterés de su tío, que puso la casa á su disposición. ¡Y el pobre iluso quería sostener la carga de una esposa con el aditamento del suegro impedido! Bien estaban las cosas como estaban: Dios lo hacía. La Modestina se casaría con el *Señorón* y disfrutaría feliz y satisfecha el bienestar que la proporcionara el hijo del ricacho del pueblo, y él viviría de cualquier modo, pero viviría gozándose en la felicidad de ella como si fuese suya propia.

En sus ratos desocupados paseaba por las carreteras lejos de la ciudad; le gustaba el aislamiento y en sus soledades filosofaba á su modo, siempre con la obsesión del porvenir de la Modesta. Se enorgullecía pensando en que si el *Señorón*, como parecía natural, se casaba con ella y terminaba con la boda su repugnante pasado, á él solo era debido, á sus súplicas, á sus ruegos que aquella noche inolvidable le hizo destrozándose el corazón.

IV

La noticia fué escueta, desgarradora, brutal.

...Se creía morir el pobre muchacho, y sin embargo nunca se sintió con tanta energía. Con zumbido de fiebre resonaban en su cerebro las palabras que inconsciente del mal que causaba le clavó tío Nicanor el ordinario cuando se encontró con él en la plaza — «El *Señorón* nos tié atemorizaus á tóos... habrá que jacél con él un escarmientu. ¡Cuidau con la briboná que jisu al fin con la Modestina, después de engañarla y engañar á tóo el pueblo... La probetina no jaci mas que lloral, lloral cuasi vertiendu la vida por los ojos y el Antoniu, ¡si te vide no me acuerdu!..... Y lo más triste es que ella está... ¡vamos! como otras que engañó antis, como estuvon la del tío Madruga y la Lomerina, que enviarun lo suyo pá la inclusa de Cíciris... Y ella, emperrá; le busca, le sigue, le espera, le llora y él... ¡él se ríe con mala sangri y la disprecia y la abandona comu á tóas!» ¡Dios mio, que granizada de desastres le soltó el buen hombre! Y luego: — «Antier jizu un mes que entirramus á tío Esteban: que se lo llevó el rouma, segun decía don Felipe... ¡Si, rúma, rúma; el penar y la deshonna de la moza le apiolaron al cutaíno! ¡Te digo Lorenzo que aquello es una catombe!...»

Despejado momentaneamente de aquella fiebre tristona, le acometía un furor salvaje... Se veía frente al *Señorón* y con zarpazo de tigre le estru-

jaba, le aniquilaba y yá febril de nuevo se reía satisfecho de su justicia. Luego, una visión rápida le hacía tiritar... Antonio le mataba á él y la Modestina convertida en sombra, sola, desamparada se acercaba á su cadáver mostrándole su escualor enfermizo, su flacidez de martir... Luego la fiebre volvía con más fuerza, como si necesitase de triple energía para abatir aquel espíritu potente y especial.

Permaneció ocho días postrado, exhausto...

«—No llega á mañana—»decía cotidianamente el médico que sin duda hubiera acertado con tal *fallo* no separándose nunca de él. Sin embargo, se resolvió la crisis y vivió. Tenía que vivir para llevar á cabo el plan que luego en su convalecencia se propuso realizar y cuando ya repuesto de cuerpo se consideró fuerte, sin despedirse de su jefe, sin decir adiós á su tío, como un autómeta movido por la cuerda de una idea arraigada y conveniente, emprendió la marcha á Molineda.

V

El huerto de la Modesta en la época en que florecían los azahares de sus naranjos parecía un pedacito de la huerta valenciana trasplantado por arte de magia á la región extremeña; un regato sobrante del molino del Altozano le recorría por una de sus lindes, fertilizándole con su agua abundante y cristalina. En un extremo,

donde los naranjos se agrupaban estrechamente confundiendo sus ramajes se hacía un pequeño claro; allí se levantaba una casita hecha de piedra y barro, encalada por dentro y por fuera, ostentando entre tanto verdor su nítida blancura. En ella reposaba la Modestina su cuerpo fatigado por el trabajo en los caliginosos días estivales, allí se guarecía cuando la lluvia interrumpía sus faenas y aquellas cuatro paredes toscas y blancas encerraron el espacio de sus sueños virginales primero, de su desesperación y sus lágrimas después.

La pobre muchacha apenas tenía fuerzas para llorar: sentada en el poyo á la puerta de la casa pensaba en su desgracia, veía aquella realidad tan terrible y las lágrimas se escurrían pausadas, por sus demacradas mejillas. Su reciente pasado acudía á su imaginación. Le parecía oír primero las palabras de su padre. «—No hagas caso del *Señorón* que es un mal hombre—», y las protestas suplicantes de ella. «—No, padre, Antonio es bueno; habrá sido malo con otras, pero nó conmigo. A mí me quiere de verdad—». Después le punzaba en el alma muy adentro, con estremecimientos de dicha y dejos de amargura el recuerdo de los paliques dulcísimos con proyectos de próximo casorio, los idilios en el huerto, los arrebatos amorosos allí mismo en la casina blanca, la embriaguez de dicha, la expansión de su alma loca de cariño ardiente por aquel hombre, la irreflexión del placer, el desasosiego emocionante de los albores de la maternidad, su orgullo de hembra fecunda por el cariño de su amado y por úl-

timo, aquel cruel abandono, su soledad su vergüenza, la muerte de su viejino y el desprecio y las murmuraciones de la gente del pueblo... En medio de su sufrir, de su amargura, aun disculpaba al canalla; le quería con más locura cada día que pasaba de sufrimiento, como antes le adoraba cada hora que transcurría de felicidad. «—No habré sabido quererle como él quisiera—pensaba—y por eso me deja y me abandona»... Y lloraba, lloraba amargamente, consolándose la desgraciada con el inmenso cariño que aun profesaba al infame...

En el pedregoso camino inmediato resonaron zapatones pisando en el cantorral. Por demás conoció aquel sonido la Modestina, pues se levantó repentinamente y corrió á la cerca próxima.

—Antonio, Antonio—gritó con angustia.

Era en efecto el *Señorón*, que regresaba al pueblo.

—¿Que quieres? Llevo prisa.

—¡Por Dios, Antonio, Antonio mío!—clamó la infeliz—te suplico que te acerques, que vengas.

—Mira Modesta; demasiau sábis que el nuestro noviazgo se arremató déndi háci tiempo. Te hé dicho que no me busques ni me digas náa ¡ca cual por su lau!

—Pero óyeme un momento nada más ¿Te he hecho algo para que te portes así?... ¿No te he querido con locura y quise todo lo que tú deseabas, todo... nada más que por eso, porque nos queríamos? ¿No sabes Antonio que te quiero como antes, más que antes, porque ahora que soy desgraciada y sufro por tí es cuando sé lo que vale pa-

ra mí tu cariño? ¿No te dá lástima de mí al verme sola y con la vergüenza de no poder alzar la frente delante de nadie?... ¡Sí, me dá vergüenza, pero nada más porque me dejas, nó por haberte querido!... En el querer no se puede mandar...

Antonio se detuvo un momento escuchando aquella voz dulce y plañidera. Hizo ademán de aproximarse á la cerca del huerto, pero continuó impasible su camino diciendo:

—Ya lo tenemos hablau tóo...; tú mesma lo dices... En el querer no se puedi mandal....

La Modestina sintió dentro de su ser algo que desgarraba su alma despiadadamente... Vacilaron sus piernas, se nubló su vista y cayó sin fuerzas, sin sentido en el blanco cespéd que á la sombra de los naranjos crecía...

VI.

Dejó el tren Lorenzo en la estación de Señuela, á las tres de la madrugada; la lluvia tenaz que caía le refrescaba las ideas, saturando su cerebro de una humedad saludable. Con las manos en los bolsillos y la barba hundida en el pecho, recorrió por la vereda tortuosa los quinientos pasos que distaba de la estación el parador del *Castellano*, de donde arrancaba la diligencia de Palancar.

Todo parecía dormir en el caserón. Entró en la inmensa cocina, dejándose caer en una silla junto al hogar donde agonizaba un montoncito

de rescoldo. Un hermoso gato que dormía en una silla inmediata, encogido, arropado en su misma piel, único ser viviente que allí se hallaba, no se dignó mirarle y continuó roncando, remedando el cántico lejano de algún alacrán. La diligencia no arrancaba hasta después de las cinco, y pensando en aquéllas dos horas largas que faltaban, el buen Lorenzo se estremecía de impaciencia. Miraba con fijeza cuanto le rodeaba, sin que en su retina se grabase nada de lo que al parecer veía, y el ruido gutural del gato, el tic tac de un despertador colocado en una repisa de madera y el rumor gemebundo de la lluvia que entonces arreciaba, parecían adormecerle.

Mucho tiempo pasó de este modo. Al fin le sacaron de su abstracción el rechinar del portón del patio y el taconeo de dos hombres que con sendas carteronas mugrientas, panzudas y atestadas de papeles entraron en la cocina; eran el mayoral del coche, encargado también de conducir la correspondencia y el cartero de Señuela, quienes sobre una mesa alta y larga que junto al hogar había, vaciaban el contenido de las carteras y, en silencio, casi con solemnidad, agrupaban cartas y periódicos en diferentes montones.

Después de concluir su operación los dos hombres, comenzó á notarse vida en el caserón; fueron entrando en la cocina hasta una docena de viajeros soñolientos que habían pasado la noche en el piso superior: algunos hablaban, carraspeando entre toses, maldiciones contra aquella noche tan *perra*: otros pedían á la criada, que, hacía poco empezó la faena cotidiana sin cesar

de frotarse los ojos hinchados por el poco dormir, café y aguardiente que confortasen sus cuerpos en la madrugada. En el patio manoteaban sobre las piedras los caballos del coche como si mansamente protestaran de ser enganchados en tales horas; sonaban cascabeles, canturreaba el cochero sobre la imperial colocando alforjas y maletas y en fin, la tan esperada voz de —Señores, al coche.

Acomodáronse todos como pudieron. Lorenzo trepó al pescante. Rodó el pesado armatoste por el empedrado del patio y luego, al girar después de un enorme cabeceo, como si fuese un lanchón mecido por una ola gigantesca, entró en la carretera. Lorenzo, agobiado por su pena, entumecido por el frío de la lluvia que le azotaba de soslayo, pensaba en su llegada á Molineda y al fin se rindió al sueño cabeceando á compás del traqueteo del coche.

VII

Cuando la diligencia se detuvo junto á la casaca donde mudaban el tiro de caballos al pié mismo de Molineda, lucía el sol tímidamente como si se considerase débil para secar aquel pintoresco paisaje. Los viajeros incrustados unos en otros durante las dos mortales horas pasadas, después de desperezarse, se *despegaron* y descendieron uno á uno resignados, pensando el que más y el que menos en que pronto se reanudaría su calva-

rio hasta Palancar. Lorenzo, medio adormilado había saltado ya del pescante y por la empinada cuesta que guiaba al pueblo subía resbalando en las piedras movedizas, pegajosas de lodo. Al llegar á la columna de piedra que fué cruz en otros tiempos, situada donde comenzaba el caserío, se detuvo un momento indeciso; se propuso resuelto correr á su casa y abrazar á su padre que ignoraba su llegada, pero una fuerza superior le hizo encaminarse á la casina de la Modesta.

Al llegar al dintel de la puerta le pareció que una nube negra de tristeza envolvía á la casa. Atravesó la solitaria cocina y guiado por un rumor sollozante casi imperceptible, penetró en la salita situada al extremo del pasillo que, desde la cocina conducía al corral; la única ventana de aquel cuarto limpio estaba medio cerrada y la escasa luz que penetraba por ella era velada por una cortinilla de percal de un encarnado rabioso que teñía las blancas paredes con un tono levemente sangriento. En el centro de una de las paredes se inclinaba colgado de una cuerda sujeta á una escarpia un espejo de marco negro y de luna sinuosa, que reflejaba grotescamente los objetos: debajo del espejo, una mesita pequeña de recias patas sostenía dos toscos floreros que parecían vomitar por sus bocas, flores de papel de tonos descoloridos y amarillentos, un reloj de caja de madera condenada por su mohosa maquinaria á eterno silencio y una buena colección de estampas colocadas aquí y allá con difícil simetría. A un lado de la mesa descansaba sobre sus *burillas* un enorme baul claveteado todo él despia-

dadamente con doradas tachuelas. Varias sillas ordenadamente dispuestas arrimadas á las paredes, de asientos blancos y flamantes por nunca usarlas y media docena de cuadros de estampas verdes y rojas representando en dibujos, como trazados por manos infantiles, pasajes de la Sagrada Biblia, completaban el menaje de aquel cuarto en el que había penetrado Lorenzo con el alma oprimida al divisar sentada junto á la mesa á la Modestina vestida de negro, dando mayor tristeza á todo aquel ambiente sombrío.

La víctima del *Señorón* no se movió al recibir aquella visita que ni remotamente había previsto; sus ojos antes tan hermosos y entonces hinchados por el llanto se fijaron con indiferencia, con algo á modo de idiotéz en el recién llegado.

--Buenos días, Modesta.

—¡Tú por el pueblo, Lorenzo! —contestó la muchacha con voz opaca y débil.

—Si, yó, que llego ahora de Plasencia.

La tristeza de aquellos dos corazones que nunca latieron á compás, envolvió á los jóvenes en un breve silencio bien pronto interrumpido por la respiración fatigosa de la Modestina, que seguía llorando. La pobre moza hizo un esfuerzo: se limpió con el pañuelo, restregándose con fuerza la cara y con voz más fuerte, y serena en apariencia:

—Dios te pague Lorenzo—dijo—la visita que haces á ésta pobre mujer despreciada de todo el pueblo; tu por lo menos, no te rebajas al hablar-me.

—Desde el fin del mundo hubiera venido á

verte y consolarte. Hace quince días me contaron tus desgracias y no vine enseguida porque *dió la casualidad* que caí malo, muy malo entonces. Me curé à Dios gracias y aquí me tienes.

La muchacha le miró interrogante.

—¡Pobre tío Esteban!—continuó Lorenzo después de una pausa.—Por más que el pobre ya descansó y no vé un día y otro à todas horas lo desgraciada que te ha hecho ese canalla...

Aquí un borbotón de sollozos le interrumpió.

—Llora, llora Modesta, desahógate... que yó también hé llorado.

—¿Tú lloraste por lo mío?

—Si, mucho, porque me llegaban muy adentro tus penas, porque me parecía que era algo mío, y aquí en el alma sentía tus penas..., porque toda la vida te he querido como un hermano... más que como un hermano, más que tú querías à Antonio... figúrate... mucho más.

—Eso nó—exclamó la Modesta irgiéndose enérgica—. Yó he querido y quiero à ese hombre con ceguera, con pasión, como si me hubiese embrujado... Yó bien sabía que tú siempre desde lejos me rondabas, pero no tenía ojos nada más que para mirarle à él; sabía lo malo que era y à mí me parecía el más bueno de los hombres, y cuando me dijo que me quería, me creí que iba à volverme loca de contenta... Aunque padre siempre estaba diciéndome que le dejase, que iba à ser mi desgracia, yó le veía siempre conmigo tan cariñoso, tan bueno, que me encontraba y me atendía con un cariño... Después me fué queriendo menos y ahora yá me desprecia como hizo con

otras, pero yó le perdono. ¿Qué culpa tiene él de no haber podido quererme toda la vida como yo le querré á él?

Y rompía de nuevo á llorar enterneciendo á Lorenzo que conmovido la miraba en silencio.

—Yo te juro Modesta que voy hacer los imposibles por devolverte la dicha y la felicidad.

—Nada puedes hacer por mí; él dice como yo que en el querer no se puede mandar y él...! él ya no me quiere!

—Si te ha querido de verdad como dices, ya volverá á quererte y yo no he venido mas que á conseguirlo.

—Es inutil; está harto de verme llorar; de suplicarle, de pedirle por Dios... Don Macario le echó en sermón y como si nada. Cuanto más le lloro, más se aparta de mí...

—Pues mira lo que son las cosas. Lo que tú no has conseguido voy á lograrlo yó hablando á ese hombre como se merece. No llores más y confia en el pobre Lorenzo que siempre está dispuesto á dar su vida por tí.

—Dios te lo pague—dijo ella, iniciando en sus labios una sonrisa llena de amargura y resignada incredulidad...

Después de un embarazoso silencio, abandonó Lorenzo aquella casa, dejándose el alma destrozada entre aquellas blancas paredes.

VIII

Aquella tarde los soportales de la plaza del pueblo estaban atestados de mozos que se gua-

recían de la lluvia que caía con monótona tenacidad. Formaban pequeños grupos que eran deshechos de vez en cuando por un enjambre de muchachos descalzos y sucios que correteaban de un lado para otro. Aquella gente forzada à hollar por el temporal de lluvias que había paralizado las faenas agrícolas, se pasaba horas y horas en aquellos portaluchos sucios y mal abiertos, refugio por las noches de mendigos ambulantes. Allí se hablaba de cortejos, de pependencias, de labores; allí estaba el alma moza del pueblo, alma rústica y semi-salvaje encerrada en su marco apropiado de hedor y suciedad.

Un hombre atravesaba la solitaria plaza sin cuidarse de la lluvia. En los grupos circuló rápida impresión de sorpresa.

— Es Lorenzo — exclamaron algunos.

— ¡Eh, Lorenzo, ven aquí, hombre — gritaron otros.

El interpelado, con las ropas empapadas en agua, penetró en los soportales. Hubo durante un momento palmadas en sus espaldas, apretones de manos con su repique correspondiente y un diluvio de preguntas curiosas é impertinentes.

— ¿Te ha despedido el señor Obispo?

— ¿Vienis á quedarte en el pueblo?

— ¿Has venío pa consolal á la Modestina?

— ¿Vas á matar al *Señorón*?

Y el pobre mozo, prudente hasta la exageración, aguantaba aquel chaparrón de preguntas burlescas, como antes soportó el chaparrón de las nubes, contentándose con pasear por el círculo humano que le rodeaba, una mirada en la que tu-

vo que violentar todos los músculos de la cara para aparentar fiereza y energía; quien entonces se rió, quien selló sus labios, quien compuso su fisonomía dándola amistoso aire, pero todos ellos rodearon más estrechamente al hijo del sacristán, curiosos por conocer la causa de su llegada al pueblo.

Perico, el hijo del estanquero, tomó la palabra.

— Cuando te hemos visto pasar—dijo—se lo estaba diciendo á estos ¿verdad? Lorenzo no tiene más remedio que venir, porque al fin y al cabo, era muy amigo del difunto tío Esteban y hará que la Modestina que se vé sola y mal mirada en el pueblo se vaya con tío Augusto á vivir atendida y mejor que está... ¡Que bién sabemos todos que la has querido!

— Ni á tí ni á ninguno de estos le importa lo que yo piense hacer—interrumpió Lorenzo con una energía que á él mismo sorprendió más que á nadie—pero ya que teneis tanta curiosidad—añadió reportándose—no me importa que sepais que cuando me llamásteis iba á casa de Antonio. ya lo sabeis.

— No hay que enfadarse, hombre—repuso otro de los mozos—y mira tú lo que son las cosas: por haber dichu esu, ya no tienes necesidá de subir toa la calle del Cerru pá ir á su casa.

— ¿Por qué?

— Porque el *Señorón* está dendi antier en la su majada y no vendrá hasta el domingo..... si vieni.

— ¡En su majada! Ya no me acuerdo donde está! ¿Está muy lejos?

—Regular; una legüina corta por el caminu de los *Jorcones*.

—Gracias por la noticia... Adiós muchachos; voy á llevarme á la Modestina con mi padre, como dice Perico—repuso Lorenzo casi jovial y en tono de broma, alejándose del grupo é internándose por la calle de la Iglesia.

Los comentarios corrían de boca en boca; los grupos fuéronse aproximando hasta volver á formar uno solo.

—Si viene á provocal al *Señorón*, se ha caido el probetino.

—Pué que venga á decirle si le cedi la Modesta.

--Bien cedía está.

—¡Y tan cedía!

Y mucho despues del *Angelus*, cuando las sombras borraban los contornos de la plaza continuaban los maliciosos comentarios ridicularizando á Lorenzo y adulando servilmente al *Señorón*.

IX

El camino de los Horcones estaba como siempre, poco menos que intransitable. Amanecía, y las mojadas jaras de la sierra que el camino bordeaba se le antojaba á Lorenzo que lloraban con igual pena que la Modestina. Caminaba todo lo ligero que le permitían los pedruscos y fangales del camino, chapoteando en los charcos y trope-

zando á cada momento. Miraba y no veía la hermosa perspectiva de aquellos lugares y avanzaba, avanzaba hacia la majada del *Señorón*. Próximo al fin de aquella marcha tan penosa, al descender por un ribazo con honores de precipicio, divisó la cónica choza de ramaje, rodeada de un nimbo blancuzco de humo como si ardiera por su vértice y el cuadrangular redil próximo á ella; los lastimosos balidos de las ovejas llegaron hasta él y apresurando el paso con grave riesgo de despeñarse, llegó sudoriento á la puerta de la choza. El *Señorón*, tendido sobre un montón de hojarasca, apenas cubierto por una vieja zalea, se incorporó rápido al advertir la presencia de Lorenzo.

—¡Tú por aquí!

—Sí, me dijeron que hasta el domingo no ibas al pueblo, y como no tenía paciencia para esperar á que fueses, he venido.

—Pues á tiempo llegas: ya tenía el almuerzo preparau el mi zagal, conque comerás con nosotros.

—Si, hombre, y gracias—repuso Lorenzo risueño,—no me vendrá mal tu almuerzo después de la caminata que acabo de darme.

—¡Miguelino... hála! - gritó Antonio, asomándose á la puerta de la choza.

En el centro de ésta ardían unos cuantos palos y sobre aquel fuego, colgado de una cadena, giraba alrededor del eje de ella con intermitencia en ambos sentidos, un caldero cubierto al exterior de espesa capa de hollin y en su interior repleto de un caldo rojizo salpicado de burbujas que hacían

bailotear á unas cuantas *presas* de carne y tocino.

— ¿Y que tal te há diu por Plasencia?

— Regular:

Entró el zagalillo que antes fué llamado por el amo; era un muchacho de catorce á quince años, perfecta encarnacion de la rusticidad. Vació la mitad del contenido del caldero en una cazuela sucia y churretosa, descascarillada en los bordes y en la que habia buen puñado de sopas de un pan oscuro y reseco, la colocó en un taburete de madera lustrosa y torcidas patas, sacó un trozo de pan y dos cucharas de cuerno de una talega mugrienta y con una de ellas comenzó á revolver aquella bazófia, sin dar muestras de apercibirse del nuevo comensal.

— Rebusca ahí junto á la cuerna del aceite á ver si hay otra cuchara, que comi este con nosotros.

Sentáronse los tres como pudieron, próximos al taburete y comenzó el almuerzo.

— Aunque ná me has dichu, ya sé por qué has veniu á buscarme.

— Es posible que te equivoques como la noche que creias que íbamos á reñir; después de lo que has hecho con la Modesta, es natural que sabiendo que yo la queria tanto, creas que trate de vengarla, pero te repito que no estás en lo cierto si piensas así.

— Entonces...

— Si tu y yó riñésemos, no conseguía nada la Modesta, que seguiría tan deshonrada como lo está ahora; si tu me matases á mí, la faltaría el

único apoyo que puede tener en el pueblo y en el mundo, y si yo te matase, sería mucho peor para ella, porque la pobre te quiere á pesar de todo y aun tiene la esperanza de que te conmuevas y remedies el mal que la has hecho, casándote con ella.

—Eso nunca, yo lo he dicho—interrumpió bruscamente el *Señorón*.

—Pues á eso he venido á buscarte, á suplicarte que me cumplas lo que me prometiste la noche que nos abrazamos, ¿te acuerdas? Tú mismo sabes que se lo merece todo... Es un dolor verla como está; será madre y el hijo que nazca no tendrá nombre... Además, no te echarás una carga encima casándote con ella; tu eres rico y ella tiene un huerto que tú bien sabes lo mucho que vale... Todo el pueblo te tiene miedo, y aunque tú ves que tienes amigos, es porque te temen, pero en el fondo te odian... ¡Si tú ahora borrases tu pasado casándote con ella!

—Mira, Lorenzo, dimasiau mo conocis y sabis de tóo lo que soy capás. A naide le consentiría hablarme como tú lo hacis, ni le aguantaría las cosas que tu me dices. Ni por la buena ni por la mala me caso con ella, se lo puées decir cuando quieras y no me hables una palabra más del asunto —terminó furioso, exaltado— porque no salis de aquí con bién.

Levantóse de su asiento Lorenzo, y con los dientes apretados de rabia, midió con una mirada de odio al *Señorón*. Sus deseos de venganza tanto tiempo contenidos por su cobardía, iban á estallar al fin; se sintió momentáneamente fuerte, hercú-

leo para ahogarle entre sus brazos; le subieron á la garganta ansias de fiera... De pronto sonaron pasos fuera de la choza y una sombra interceptó la luz que penetraba por la puertecilla triangular.

—¡Modesta!—gritaron á un tiempo los dos rivales.

Era en efecto la pobre víctima con los negros vestidos salpicados de barro, hermosa, pálida, demacrada.

—Sabía que venías aquí y te seguí—dijo á Lorenzo—venía muy detrás de tí y aunque te daba voces, no me oías. Toda la noche la pasé sin dormir y algo aquí dentro me decía que querías matar á Antonio, á mi Antonio de mi alma—concluyó rompiendo en sollozos.

El *Señorón* impávido, indiferente á aquel dolor, dijo brutalmente:

—Cuando yo digo una cosa, la sostengo; yo no soy tu Antonio... Lo fuí, pero ya pasó aquello...

—Entonces—se atrevió á decir Lorenzo—mentías cuando la decías que la querías, la engañabas al hacerla tuya.

—¿Que quieras decirme con eso?

—Nada, no quiero acusarte. Aquí delante de ella te vuelvo á suplicar lo que siempre te supliqué... Acuérdate de aquella hermosura que por tu causa ha desaparecido, y devuelve á esta pobre mujer la honra que la has robado... sí, robado, como un canalla...

Antonio se irguió cejijunto, amenazador, impo-
nente. La Modestina gimió:

—Nó, Antonio, yó no quiero nada; quiero nada más que lo que tu quieras...

Hubo una pausa glacial. Antonio se dirigía á la puerta diciendo:

—Contri más hagais es peor. Ni tu tienes que ver conmigo, ni á tí te temo. Podeis tirar pa adondi querais... ¡Arrea tú Miguel, que vamos hacia la sierra... hála!...

Salió arrogante, provocativo de la choza: el zagal le siguió medroso. Lorenzo quiso abrazarse á él, sujetarle y estrujarle y aniquilarle allí mismo; pero los brazos de la Modesta se lo impidieron...

X

¡A tío Augusto el sacristán se le podía ahogar con un cabello! ¡Ahí era nada lo que pretendía su Lorenzo! ¡Y lo pretendía con una obstinación!... ¿Qué le había pasado al mozo, siempre tan bueno, tan respetuoso, tan sumiso con su padre y con todo el mundo para que se obstinase hasta el punto de hablar fuerte á tío Augusto y decirle que en él ya no mandaba? No había más remedio que consultarlo con don Macario, por si entre los dos le podían quitar aquella locura de la cabeza.

Se aproximó de puntillas á la pequeña alcoba. Dormía su hijo profundamente: era natural que durmiese; bien le había sentido durante toda la noche suspirar, tacer y dar vueltas en la cama.

La verdad era que ante aquella resolución de su hijo, era preciso oponer con todas sus fuerzas su autoridad de padre, reforzada con los consejos

del párroco. Le cosquilleaba por todo el cuerpo la impaciencia de hablar con su superior jerárquico y allá se fué, á la casa rectoral.

Don Macario se levantaba con el alba: sentado en su sillón junto á la camilla rezaba y leía hasta la hora de bajar á la Iglesia.

No le sorprendió la visita de tío Augusto; muchos días iba de su casa á la Iglesia apoyándose en el brazo de su subordinado.

—Me parece, don Macario, que hoy *vamos* á decir la misa un poquino más tarde. Tengo que contarle muchas cosas... ¡y graves!

—De Lorenzo, como si lo viera.

—Si señor.

—¡Pobre muchacho! Cuando ayer me dijiste que es el único protector que tiene Modesta, no pude menos de bendecirle *in mente*. Desde pequeño le conozco á fondo, y siempre observé en él una nobleza de alma, una ingenuidad, una dulzura... Y qué, ¿se atrevió á suplicarle al *Señorón*?

—Si señor; y como si suplicara á una piedra.

—Ya lo sabía yo. Ese judío, porque es un judío, Augusto, casi me llegó á amenazar el día que le prediqué... ¡Acabará mal, yo te lo digo! El Señor dispone de rayos y... no te digo más; ya me entiendes, Augusto.

—Sí, si rayos—murmuró el sacristán indicando no entender—. Para rayo el que me cayó á mí anoche con el escopetazo que me soltó mi hijo.

—Cuenta, cuenta.

—Pues verá usted, don Macario. El hecho es que está decidido á casarse con la Modesta.

—¡Jesús, Maria y José!

—Pero lo peor del caso es que quiere casarse con ella... sin casarse.

—No te entiendo.

—Me dijo sobre poco más ó menos que en vista de que el *Señorón* es tan canalla que la deja abandonada después que la deshonoró, quiere él casarse con ella y marcharse el día de la boda muy lejos, á las Américas.

— ¡Está loco!

—No señor, que él razonaba muy bien. Me decía—: «Mire usted padre, la Modestina se casará conmigo pero nada más que para estar casada y para que el día de mañana tenga su hijo un apellido». ¡Si le digo á usted...!

—¿Y qué más?

—El, como ya digo, se marchará á Cuba, á las Américas, donde quiera que sea, muy lejos porque dice que como ella no le quiere, no ha de ser su marido á la fuerza y que ella venderá el su huerto y la su casina y que yo me encargue después de mandarla para Plasencia hasta que *luzca* y después, que ella se marchará á Madrid cuando el hijo vaya siendo grande y que no volverá más por el pueblo donde todos saben su deshonra y en fin.. una de locuras que yo estoy en una forma que no sé lo que voy á determinar.

—¿Y la Modesta está dispuesta á hacer todo eso?

—Creo que sí, porque ayer habló él con ella.

—Ya veremos si podemos evitarlo. Por de pronto, después de la misa iré á hablarle yó y también hablaré con el *Señorón* y... ¡qué porra!, poco he de poder si no dejo todo como una seda.

Al cabo de un momento don Macario se encaminaba medio aturdido aun con lo que le contó el sacristán, hacia la Iglesia, murmurando entre dientes:

—¡Ya lo decía yó! ¡Alma noble, que viene á ser *alma tonta!*

Cuando llegó al templo estuvo á pique de volverse sin importársele un ardite retrasar la misa una hora para quedar satisfecho empleando su diplomacia; no quería retrasar ni un segundo las entrevistas que decidió celebrar con el *Señorón* y con Lorenzo, esperanzado de arreglar el asunto á satisfacción de todos. —Después de todo—pensaba—andaré un poco más ligero: bien puedo despachar en un cuarto de hora.

Llegó hasta la gradería del altar mayor, arrodillóse y apenas se levantó para entrar en la sacristía, una voz le dijo al oído:

—Me tiene usted que confesar, don Macario.

¡Porra y más porra! Era la tía Gilona, la beata más mística del lugar!... ¡Y tener que aguantar el chubasco de ñoñerías é insulseces que continuamente le soltaba aquella vieja babeando en la rejilla del confesonario! Más de media hora de retraso le costaba aquel incidente; pero ¡paciencia! que al fin y al cabo más pasó Jesucristo por nosotros y, sobre todo, que el éxito de su empresa no era menester confiarlo á su prontitud en realizarla, sino á su elocuencia y persuasión al llevarla á cabo.

Refunfuñando, se instaló pacientemente en el confesonario. No oía lo que musitaba la vieja entre toses y suspiros gazmoños: su pensamiento

estaba en Lorenzo, en la Modestina, en el *Señorón*, en tío Augusto y en doscientos mil diablos á los cuales se estaba dando desde que la inoportuna penitente se acercó á él... Pero su paciencia se acabó de agotar cuando se percató de que otra mujer se arrodillaba en los bordes casi de las sayas de la vieja, en actitud de entonar el *yó pecador* cuando la llegase la vez.

Verdaderamente, aquello era estar de malas. Asomó su cara curiosa y encendida de justa indignación por encima de la media puerta del confesonario para conocer á la nueva inoportuna y no pudo por menos de exclamar para su balandrán:

—¡Porra, si es la Modestina!

Bueno; aquello ya era otra cosa. Ya podría esperar mas tranquilo, que seguramente la muchacha le pondría más al corriente de todo lo que deseaba saber y de ese modo iría más impuesto en el asunto cuando conferenciase con los dos rivales.

No se apercibió de nada más el bueno de don Macario; quedó sumido en una especie de letargo y de él no salió hasta que vió la cara de la Modesta pegada á la rejilla y escuchó el rezar que-
do de la moza.

—¡Qué alegría tengo porque has venido, muchacha! Hemos de echar una buena parrafada. Cuéntame todo, todo lo que tengais pensado Lorenzo y tú.

—Si señor: mas que á confesarme, como otras veces, venia á consultar con usted. ¡Creo que me voy á volver loca!

— Tranquilízate y vamos al asunto. ¿Es verdad que Lorenzo está dispuesto á casarse contigo?

— Si señor, porque es el hombre mas bueno del mundo y por lo mismo no se merece la desgracia que quiere echarse encima.

— ¿Tu estás dispuesta á ser su mujer?

— Yó...la verdad don Macario no sé por donde tirar; tengo muy dentro el querer de Antonio y si hiciese lo que Lorenzo quiere, no tendría perdón de Dios, no señor.

— ¿Pues qué es lo que quiere? Sepamos.

— Verá usted. Desde que supo en Plasencia lo que me pasaba, no tenia mas deseo que traer á Antonio por el buen camino para que reparase lo que habia hecho. Ayer fué á buscarle á la majada, pero yó tenía un presentimiento, un no sé qué, como una comezón muy grande que me hacía creer que iba á ocurrir algo grave entre los dos y ellá me fuí yo tambien.

— ¿Y Antonio?..

— Antonio se puso furioso y sin hacernos caso se fué á la sierra. Lorenzo el pobre estaba que daba lástima verle; vino conmigo hasta casa y allí, llorando y á voces como un loco me decía: — «Yó no quiero que quedes deshonorada para siempre; es preciso que te cases conmigo y así tu hijo tendrá un nombre que yó le daré». Y luego ¡qué se yó las cosas que me dijo..! Que él se marcharía en cuanto nos echasen las bendiciones, que aunque fuese mi marido, no tendría ningun derecho sobre mí, que yo me fuera tambien lejos del pueblo, donde nadie supiera mi pasado. Decía tambien:— «Yo quiero sacrificarme por tí, quiero

hacer ese sacrificio y tengo el deber de hacerlo por haberte querido tanto»... Le digo á usted don Macario que daba mas pena verle...

—Bien, y tú ¿qué resuelves?

—Yo no me atreví á negarme, porque me daba lástima de él, pero no puedo, que Dios me perdone, no puedo casarme más que con mi Antonio. ¡O suya ó de nadie! Muchas veces se lo juré, y porque él haya sido malo, no voy á faltar á mi juramento. Háblele usted por mí á Lorenzo, que yo no tengo valor para ello; dígale que no puedo, que prefiero seguir sola y abandonada antes que hacer lo que él quiere. ¡Bastante desgracia tiene el pobre por haberme querido!

Enmudeció la muchacha sollozando tristemente; don Macario quedó silencioso, perplejo ante aquellas palabras. No sabía qué aconsejar ni qué contestar á la desgraciada, á pesar de rascarse en la coronilla como si con las uñas tratase de dar salida á una idea.— Si la aconsejo que no se case —pensaba— como el *otro* es muy malo y tiene muy mala sangre, no se casará tampoco con ella y la pobre seguirá deshonrada, y más cuando tenga el *crío*, ¡porra! Y si la convengo de que debe casarse con Lorenzo, me hago cómplice de la vida triste y anormal y angustiada que le espera al pobre mozo...—Y vuelta á rascarse introduciendo los nerviosos dedos bajo el solideo, embrollándose más y más en aquello que él creía diabólico atolladero. Por fin murmuró á tiempo que se levantaba nerviosamente:

—No sé qué decirte; pero ¡que porra!, yo lo arreglaré... *¡Ego te absolvo!*...

Y malhumorado, y ceñudo se dirigió á la sacristía.

XI

Por mucho que se esforzó don Macario no pudo convencer á Lorenzo. El pobre mozo estaba como loco y su romanticismo se desplegaba impetuosamente, arrollando aquella timidez y aquella dulzura de caracter que hacían *tonta* su alma segun el señor Cura. No era posible apartarle de su resolución. - Don Macario - argumentaba el escribiente - ni yó tengo alma para consentir que esa muchacha quede abandonada, ni usted mismo lo consiente á pesar de todo lo que me predica; por mucho que busque usted por el pueblo y por todo el mundo no encontraría un hombre que hiciese el sacrificio que yo estoy dispuesto á hacer, porque soy el único que tiene el deber de hacerlo. Yo verá usted como la Modesta accede á lo que yo quiero cuando me vea un día y otro suplicarla, al mismo tiempo que se convenza más y más del abandono y cinismo de ese criminal. Y sobre todo, que yo con eso haré una buena acción que me sale de muy adentro...

El bueno del cura salió aturdido de casa de tío Augusto, renegando de su diplomacia y maldiciendo de su torpe elocuencia. Alguien le dijo que el *Señorón* no regresaba al pueblo hasta el domingo y cosquilleándole el desasosiego esperó paciente el santificado día.

Llegó el domingo. Lucía el sol todo su esplendor

dor arrancando tonalidades bronceadas de las fachadas de barro y piedras de las casucas de la plaza. El largo poyo de la puerta del Consistorio estaba ocupado por viejos limpios y afeitados que recibían con ansia la luz solar; debajo del enorme balcón de la casa del Alcalde, un grupo de mozos en mangas de camisa y sobre los hombros las chaquetas, negras y rígidas por el grosor del paño, comentaba el suceso del día, el acontecimiento que era la comidilla en todo el pueblo. ¡Se casaban la Modesta y Lorenzo! Por lo menos tía Gilona aseguraba por la gloria de sus difuntos, haberselo oído de sus propios labios á tío Augusto el sacristán.

— ¡Cuidau que se ven unas cosas!

— ¡Buenas, pero buenas tragaeras tiene el amigo Lorenzo!

Por la calle del Puerto bajaban tres mulos resbalando perezosamente en el empedrado: en el de atrás, cabalgaba el *Señorón* que volvía de la majada, después de una ausencia de algunos días. Al llegar junto al grupo hizo parar la rúcuá.

— Hola muchachos.

— Falta estabas haciendu por aquí pa enterarte de la cosa.

— Mía tu que se le importará á ésti.

E·hó pié á tierra, y sin soltar el ronzal del macho escuchó de *pé á pá* el futuro suceso que todo el pueblo comentaba. Ni remotamente hubiera sospechado aquel desenlace á su criminal hazaña. Los celos zambaron en sus oídos, la rabia le hizo apretar nerviosamente los dientes y con resolución, con firmeza gruñó:

—Yo sus apuestu lo que quedáis á que no se casa Lorenzo con ella.

Los mozos callaron temerosos de que aquel furor que chispeaba en los ojos del temible *Señorón* estallase contra ellos, como si todos fueran sus rivales. Alguno más osado, con déjos de adulación murmuró:

—Eso es por que serás capaz de matarle.

—Yo bien sé lo que tengo que hacer.

Y continuó su camino golpeando con la vara despiadadamente al mulo, como si la pobre bestia tuviese en aquel momento la misión de atraer y desahogar el furor de su amo.

¡Vaya un efecto que le había causado la noticia!

Mientras caminaba á su casa con paso reposado, le ardían las sienes de inquietud y coraje. No, su orgullo de soberano, su arraigado despotismo, no le consentían acoger con pasivismo indiferente aquel acontecimiento imprevisto; su alma cenagosa encontraba una fibra que allá muy dentro le arañaba... ¡La Modestina fué suya y de nadie más podía ser mientras él alentase en el mundo!

Al llegar á su casa vió asomar por una de las esquinas la venerable figura de don Macario; empujó la puerta falsa que solo se hallaba entornada para que entrasen las bestias, y como viera al párroco detenerse frente el zaguán, se acercó malhumorado pero respetuoso y después de saludarle le invitó á entrar. Un momento después se hallaban los dos cómodamente instalados en el lustroso escaño junto al hogar.

— Dichosos los ojos que te ven, hijo mio comenzó con dulzura el párroco.

— Pues mire usted, por casualidad he veniu de mi majada; aquello no se puedi descuidal y si no vá padre esta mañana, me parece que no vengu hoy tampoco.

— Bueno, hombre, bueno. Vamos ahora con el asunto que me trae.

— Comienci usted; pero dési prisa, porque tengo que dirme escapau.

— ¿A donde?

— En cá de la Modesta.

— Pues de ella vengo á hablarte precisamente. ¿Sabes lo que se dice por el pueblo?

— Si señor, lo sé y ¡maldito si yó lo consientu!

— ¡Porra! ¿Que dices?

— Digo que Lorenzo no se casa con la Modesta, ó me cortan á mi ésti — dijo llevando la mano á su robusto y musculoso cuello.

— ¡De seguro vas hacer alguna barbaridad! ¿Serás capaz, mal hombre, judio, hereje, que todo eso eres y mucho que me callo, de buscar camirra al pobre Lorenzo, cuando debías besar la tierra que pisa? ¡Que Dios me perdone, pero en mi vida he visto un bicho tan dañino, tan inmundo como tú!

— No me insulti usted que yó no trato de jacel daño á naide, ni siquiera á Lorenzo...; es decir, no le haré nada por ahora, que si por un si acasu luego se lo merece, yo me arreglaré con él—dijo arqueando las cejas amenazador.

— ¿Pues qué vas á hacer entonces, desgraciado?

—¿Que el qué voy á jacel? ¡Casarmi con la Modesta, ni más ni menos!

—¡Santo Dios! ¿Será posible?

—Si señor; antis en la plaza me dijeron que se casaban! y me pasó una cosa aquí dentru que... amos, que me ahogaba! Yo me casu con ella, si señor, tengü de hablarla enseguida, y como Lorenzo quiera impedirlo, por estas le juro que...

—¡Calla blasfemo!... ¿De modo que lo que no hicieron la desgracia y las lágrimas de la muchacha para despertar tu conciencia y enternecer tu corazón, lo han conseguido la envidia y el egoísmo?

—No sé lo que será, pero yo no puedo consentir que se casi na mas que conmigo.

D. Macario contempló un momento aquel mocetón que tan mal y tan justamente calificó siempre. Aquella decisión resolvía satisfactoriamente el asunto que le preocupaba. Si, todo estaba ya arreglado y terminaba bien como en las comedias, pero ¿y el pobre Lorenzo? ¿No era muy lógico suponer que á pesar de su abnegación alimentase una ligera esperanza de que la Modestina, su mujer, le llamase á su lado algun día, con amor, con cariño, una vez extinguido el que profesaba á su rival? ¡Bah—pensaba—el pobre mozo será feliz á su modo, viendo que al fin y al cabo se casa el otro con ella y repara su falta. Después de este breve razonamiento, dijo:

—Tu resolución me satisface y hay que agradecerla aunque no sea debido á nobles impulsos de tu corazón, sino al aguijón de los celos ó

del egoismo. ¡Hágase el milagro y hágalo el diablo!... Todo esto es muy parecido á lo que sucedió este verano en mi corral. Te lo voy á contar. Pues señor...

—¿Va de cuento?—interrumpió burlonamente el *Señorón*.

—Si señor, va de cuento—repuso el cura impasible—de historia, y si te fijas un poco verás cómo tiene mucha semejanza con lo que ahora sucede... Pues señor, este verano tenía yo en mi corral una docena de gallinas y un hermoso gallo negro que paseaba majestuosamente su orgullo entre sus compañeras; á todas atendía cariñoso, excepto á una que sin duda por verse despreciada de su amo y señor, estaba delgadina, mantuja y con la cresta lacia y descolorida. Como me pasaba todos los días horas y horas en el corral entretenido, pude observar lo que te estoy contando, esto es, que el arrogante gallo se abstenía en absoluto de acariciar á la pobre gallina. Pues bien, el día de la fiesta del Santo Patrono del pueblo, me regalaron un gallo blanco, el cual después de breve lucha con el negro fué vencido y humillado. Observé luego que ninguna gallina hacía caso al nuevo huesped, el cual se conformó con hacer objeto de sus amores á la pobre gallina enfermiza y abandonada. ¿Y no sabes lo que sucedió entonces?... ¿No? Pues que el gallo negro, bien por humillar más aun al blanco ó bien por envidia, por egoismo, por perversidad, por mala sangre, se dedicó exclusivamente á mimar y acariciar á la que antes tanto despreciaba, quitándole al otro el único consuelo que tenía..!

¿Y que creerás que hice yo entonces? ¡Como dos gallos no podían seguir mucho tiempo en el corral, mandé cortar el pescuezo al gallo negro! Ese es mi cuento.

—¿De modo que el gallo negro soy yo?

—Tú serás lo que seas: yo, no te digo más sino que aplaudo tu tardía resolución.

—Y cree usted que Lorenzo...

—Lorenzo de seguro que nada tiene que decir á ello: al contrario, te lo agradecerá. ¿No te ha suplicado él mismo que te casases con ella? Además, no creas que él quería casarse porque la deseara como mujer; tu alma no es capaz de comprender el sacrificio que el pobre mozo hacía casándose con ella; lo hacía, ¡asómbrate!, nada más que para dar nombre al hijo tuyo.

—¿Y usted se cree eso? ¿No sabi usted que él quería á la Modesta antes de que ella y yo nos jiciésemos novios?

—Todo eso lo sé y en eso está el sacrificio que ni tu comprendes ni yo quiero explicarte.

Antonio, entre sumiso y orgulloso, meditaba como si todo lo que pasaba fuera un sueño. Algo de indecisión debió observar don Macario en la mirada, pues se levantó de repente, y cogiéndole con fuerza de un brazo le dijo:

—Ahora mismo nos vamos los dos á hablar con la Modesta y con Lorenzo, y verás cómo se arregla enseguida el casorio.

XII

Quedó concertada la boda y á la Modestina le parecía un sueño. No se le borraba de la imaginación la impresion de aquella visita inesperada del *Señorón* y don Macario, en la cual quedó convenido que no se tardaría en celebrar el casorio más que el tiempo preciso para publicar las amonestaciones. En todo el tiempo que duró la entrevista, no descubrió ni en las palabras ni en los ojos de Antonio, ni el menor asomo de cariño; le oía sí, afirmar, que se casaban si ella quería, que estaba firmemente resuelto á ello, todo dicho con brusquedad, con obstinación testaruda. ¡Qué más podía desear la pobre mujer cuando destruidas todas sus ilusiones se veía despreciada de todos y burlada por el hombre que tanto quiso!... Y pasaban los días, y á medida que se aproximaba el deseado momento, se iban coloreando aquellas frescas mejillas con el tinte de una lisonjera esperanza de dicha, desapareciendo el tizne levemente oscuro de las ojeras y recobrando aquella hermosa mujer la gracia y algo de su antigua gallardía, á pesar del cambio experimentado en su organismo.

No se hablaba de otra cosa en todo el pueblo; en los corros que á las puertas de las casas formaban tomando el sol y cosiendo las mujeres, se daba la más unánime conformidad á la decisión del *Señorón*, el cual sería todo lo que se quisiera, pero que al fin y al cabo, procedía como quizá nin-

gun hombre *perro* hubiera procedido. Los mozos participaban también de la opinión general; entre algunos circuló el proyecto de *obsequiar* á los futuros contrayentes con una descomunal *campañillada*, que bien se la merecían por las circunstancias harto especiales y conocidas de todos que precedieron al matrimonio próximo á realizarse: sin embargo, dominó el miedo disfrazado con el nombre de prudencia. No era el *Señorón* hombre que aguantase aquella chanza mortificante, sin tomar enérgica venganza, aislada ó colectiva, de sus autores.

A tío Augusto se le había quitado un peso de encima y ya no veía á su hijo emigrante á lejanas tierras y aunque bien era verdad que le preocupaba su aire sombrío y el carácter huraño que adquirió, encerrado un día y otro en el más completo mutismo, ¡el peligro principal había pasado y no había sino dejar que las cosas volvieran á su natural estado! Don Macario, satisfecho del éxito que él creía tener en el desenlace de aquellos amores, esperaba con más impaciencia seguramente, que nadie, el día de la boda, pues le escarabajaba cierta inquietud, temeroso de que el bribón de Antonio hiciese alguna de las suyas, arrepintiéndose de su tenaz resolución. Tío *Cruces*, el padre del *Señorón*, reflejaba constantemente en su cara abultada y bonachona la alegría de ver terminar á su hijo con aquel acto, la serie de disgustos que llevaba sufridos por él, y se prometía ser todo lo rumboso que sus repletas talegas le permitían con el nuevo matrimonio; sería espléndido; bien se lo merecía su futura nuera que

tanta locura de cariño demostró por su Antonio. Además, su condición de padrino que desde luego se adjudicó, bien merecía que desplegase su esplendidez, aun cuando por causa del luto de la novia, no fuese oportuno celebrar el acto con fiesta y jolgorio.

En cuanto á Lorenzo, difícil era terminar el estado de su espíritu. Había recibido con sorpresa la visita de su rival acompañado del párroco; los propósitos del *Señorón*, expuestos razonadamente por don Macario, le causaron el mismo efecto que si una descarga eléctrica recorriese su cuerpo por todas las venas. Asintió maquinalmente, como si su razón estuviese ausente en aquellos momentos; después se obstinaba tenaz en permanecer días y días aislado de todo, como si en su espíritu arraigasen visiones que empañaran su vida.....

XIII

Cuando tío Augusto abría las carcomidas puertas de la Iglesia, empezaba á cerrar la noche: la luna se asomaba ya por la curva de la sierra y lanzaba su clara palidez sobre la sencilla fachada del templo. Pocos momentos después de abrir el sacristán, don Macario, con andar despacioso, precedido del monaguillo, entraba en la sacristía á esperar la llegada de la comitiva que no podía tardar mucho.

La boda se iba á celebrar en aquella hora por

insistente deseo de la Modestina. ¿Creía la muchacha que la luz de la luna disminuía el volumen de los cuerpos? ¿Presentía acaso que la noche restaría curiosos á la ceremonia? ¿Contaba con que la semi oscuridad borraría las miradas asae-tantes y burlescas de las comadres del pueblo? Ello fué que el deseo de la novia fué satisfecho y hasta aplaudido por don Macario, quien, en su fuero interno, creía que las tinieblas de la noche quitarían toda pompa mundana al acto religioso.

Rumor de pasos llegó hasta la silenciosa sacristía. Don Macario revisóse prontamente, colgando de sus hombros la flamante capa pluvial, cogió tío Augusto la Epístola encuadernada en roja piel, ya mugrienta, el monaguillo el oxidado hisopo y los tres marcharon á la puerta del templo, en cuyo dintel acababa de detenerse un compacto grupo de personas.

En medio del mayor silencio avanzaron hasta el escalón de la puerta los cuatro principales personajes del acto; la Modestina vestida sencillamente de negro, cubierto casi por completo el hermoso rostro con la clásica y extremeña *cobija* de paño franjeado de terciopelo, el *Señorón* con amplísima capa y tío *Cruces* y la señora Vicenta, parienta lejana de éste, que oficiaban de padrinos. Detras de ellos y confundidos con unos cuantos convidados, se apretujaban curiosos casi todos los habitantes de ambos sexos y de todas edades de Molineda. Al aproximarse don Macario, todos los hombres se descubrieron.

Empezó la lectura de la Epístola. En el ambiente flotaba un silencio tristón y melancólico.

apenas turbado por el rumor isócrono de la voz del párroco leyendo; de vez en cuando se oía el cántico agorero de alguna corneja, allá en lo alto de la sierra.

Lorenzo, el triste Lorenzo pudo poco á poco abrirse paso hasta penetrar en la Iglesia, colocándose al lado de su padre. Desde aquel sitio su mirada velada y sombría por el sufrir, erraba de Antonio á la Modesta y su pensamiento vagaba entre nebulosidades que de tiempo en tiempo le hacían estremecer.

Cesó el run run de la lectura; hechas las preguntas y respuestas de ritual, entregadas las arras y puestos los anillos, avanzaron los novios cogidos de las manos y seguidos del tropel expectante hasta las gradas del altar mayor. Allí se arrodillaron para recibir la bendición.

En el organismo de Lorenzo estalló algo muy fuerte, imposible de definir. Respiraba fatigosamente contraía sus dedos, clavándose las uñas en las palmas de las manos, se obscurecía su vista... Era su deseo, su derecho de venganza que se rebelaba, era el ódio á su rival, era la sed de sangre del miserable que hundió su alma en un penar constante, era una rabia de fiera, era un furor irracional que le abrasaba el cerebro enloqueciéndole... Vió cómo don Macario daba la enhorabuena á los novios que ya eran marido y mujer, y aquella fuerza misteriosa y abrasadora que le dominaba, le hizo dar un salto nervioso, salto de tigre sobre el *Señorón*...

Algo terrible flotó entonces en la atmósfera del templo. Entre aquella confusión que súbitamen-

te se produjo, se vió á Lorenzo aferrarse al *Señorron*... Brilló rápida una navaja en su mano, sonó un golpe brutal seguido de un grito de agonía y se vió caer á Antonio exánime, bañado en sangre..... Lorenzo, en el silencio aquel que la estupefacción produjo, gritaba ébrio, loco, delirante:

—¡Tu hijo tendrá nombre, Modestina!... ¡Hijo de viuda!...

